

Una historia “glocal” del bachillerato tradicional elitista y de sus catedráticos. Reseña de Juan Mainer Baqué, *Consagrar la distinción, producir la diferencia. Una historia del Instituto de Huesca a través de sus catedráticos (1845-1931)*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2020, 445 págs.

Según anuncia el subtítulo, el libro reseñado analiza la génesis y desarrollo del Instituto de Huesca (origen del actual IES Ramón y Cajal) (España) –desde su creación en 1845, al amparo del Plan Pidal y en paralelo al otro medio centenar de centros de Bachillerato provinciales en los cuales cobraron vida las enseñanzas medias en España, hasta la proclamación de la Segunda República–, así como a los catedráticos que durante ese tiempo ejercieron de sumos sacerdotes del saber en el interior de sus selectivos muros. Sin embargo, una descripción tal del objeto de estudio, aun siendo correcta, solo refleja en parte el valor de esta obra y puede desalentar la lectura de aquel segmento del público potencial que sospeche de un interés puramente local, si no localista. Después de todo, existe una literatura sobre establecimientos escolares, con frecuencia alentada por la celebración de algún tipo de efeméride o exposición retrospectiva, que se mueve en el estrecho círculo de la erudición particularista, la añoranza laudatoria e incluso el memorial de agravios. Aunque Juan Mainer ha sido durante muchos años catedrático en el Instituto de marras, puedo adelantar ya con rotundidad que no es el caso. Este texto es el fruto de una investigación de historia sociocultural de alto vuelo, tan rigurosa como poco común, pues se ubica en la intersección de tres vectores: el de una historia “glocal” (pido disculpas por la licencia expresiva que aclararé más adelante), el de una historia crítica teóricamente informada y el de una historia del presente. En lo sucesivo utilizaré estos tres vectores, en lugar del orden literal de los capítulos, para ofrecer luz sobre el contenido del libro y organizar mis glosas.

En la medida en que el Instituto oscense, el único de su provincia hasta 1931, y los catedráticos que en él desarrollaron al menos una parte de su carrera son los “sujetos históricos” de estas páginas, podría sostenerse que el enfoque historiográfico es el propio de la microhistoria. Y en efecto lo es, pero con un matiz importante. Lo que ha intentado el autor, con éxito a mi juicio, no es tanto buscar otras posibilidades interpretativas mediante la consabida reducción de escala, cuanto combinar distintas escalas (local y nacional, con algunas referencias contextuales europeas) para comprender y buscar explicaciones. De ahí mi uso, ciertamente *sui generis*, del anglicismo “glocal” –habitual en las indagaciones de índole geográfica preocupadas por la interacción entre los factores globales y locales– para llamar la atención sobre el atinado empeño puesto aquí en examinar el modo en que lo micro y lo macro se estructuran mutuamente. Sin duda, la historia de este Instituto “es inseparable de la biografía de sus docentes y de la ciudad que lo acogió” (p. 19). Pero a la par inaprensible al margen de la erección y consolidación de la segunda enseñanza –sobre las ruinas de las “facultades menores” que en las universidades del Antiguo Régimen otorgaban el título de “bachiller”– dentro del más amplio proceso de construcción, por parte del recién nacido Estado liberal, de un sistema nacional de instrucción pública; “sin olvidar que este, a su vez, no deja de ser una faceta de la vía adoptada por cada país hacia la formación de la sociedad burguesa” (p. 24). Una sociedad, en fin, dividida en ciudadanos

(una minoría masculina) y súbditos/as. Una sociedad a cuya producción, reproducción y legitimación coadyuvó un sistema de escolarización dual, clasista y sexista, con dos ramas (la Primaria y la Secundaria) escindidas y sin conexión, concebidas para clientelas distintas en función de su origen y destino social. En ese escenario segregacionista, el Bachillerato se ocupó de formar a las élites y “consagrar la distinción” de los vástagos varones de las clases medias emergentes.

Pues bien, uno de los méritos de este trabajo es la maestría con la cual Juan Mainer ha sabido trenzar ese desenvolvimiento general –sintetizado de una manera analíticamente brillante– con las circunstancias idiosincrásicas concurrentes en Huesca a fin de evidenciar, gracias a una utilización exhaustiva de fuentes primarias y secundarias, la complejidad de una dinámica que Edgar Morin denominaría “hologramática”, según la cual el todo va permeando la parte y la parte realimentando el todo. Por supuesto, a través de filtros moduladores en absoluto únicos, ni unívocos, ni inmunes al conflicto o la contestación. Así, el primer capítulo muestra cómo el nacimiento de su Instituto conllevó la simultánea defunción de la Universidad Sertoriana fundada en dicha localidad en la baja Edad Media; cómo la nueva institución heredó algo más que los edificios de la vieja; cómo se reajustaron los espacios físicos, funcionales y simbólicos de esos edificios, y en especial del monumental palacete barroco que serviría de sede hasta 1936, a la organización uniformizadora emanada de la normativa aprobada por el Estado central; cómo se reinterpretó el trascendental Reglamento de 1859 en el trance de dotar a tales espacios de un ajuar didáctico y de fijar los horarios, el plan de estudios, las rutinas y los protocolos académicos, el ceremonial examinador, los cánones de enseñanza o los procedimientos disciplinarios; cómo tuvo que financiarse a expensas de las matrículas y de las aportaciones de la Diputación Provincial hasta la incorporación de la segunda enseñanza a los presupuestos del Estado a partir de 1887; o cómo la sociedad oligárquica y patriarcal decimonónica se reflejó y recreó a esta escala en la condición del alumnado asistente al centro: durante el siglo XIX (y la primera mitad de la siguiente centuria) tanto el personal político de la ciudad y de la provincia como los hijos de la burguesía local se formaron en sus exclusivas aulas, unas aulas en las que no ingresó una mujer hasta el curso 1884-1885.

En ese primer capítulo encontramos asimismo el prefacio del asunto que centra el grueso del libro. A saber, los catedráticos –i.e., el escalafón superior de los cuerpos docentes constituidos al efecto– que gobernaron esas aulas durante las ocho décadas inspeccionadas, a cuyo estudio se dedican los tres capítulos restantes. Apoyándose en el rico bagaje acumulado en sus investigaciones previas,¹ el autor disecciona con finura el *habitus* de esta selecta corporación profesional, reclutada por oposición y modelada a imagen y semejanza de su homónima universitaria. Una corporación privativamente masculina en España hasta 1923 (la primera catedrática del claustro oscense se incorporó en 1942), cuyos miembros vertebraron la educación secundaria durante el siglo XIX y buena parte del XX en tanto que “propietarios” indiscutibles de las respectivas disciplinas impartidas, artífices de esa asignaturización del conocimiento devenida en axioma

¹ Véanse, por ejemplo, *La forja de un campo profesional: pedagogía y didáctica de las ciencias sociales en España (1900-1970)* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009); o, en colaboración con Raimundo Cuesta, “Guardianes de la tradición y esclavos de la rutina: historia del campo profesional de los catedráticos de instituto”, *Historia y Memoria de la Educación*, 1 (2015): 351-393.

hipostasiado o jueces supremos de los ritos de paso examinatorios, amén de forjadores de un código de comportamiento que los convirtió en “guardianes de la tradición y esclavos de las rutinas” dentro de los centros y, fuera de su perímetro, en agentes activos de la vida cultural y política de las capitales de provincia, especialmente en aquellas que nunca tuvieron universidad o la perdieron en 1845. Impregnados del elitismo latente en ambos contextos, fueron colaboradores necesarios en el papel que el Bachillerato jugó en la reproducción del orden cultural y social.

El segundo vector interrelacionado que confiere dirección y sentido a esta publicación es el de una historia crítica teóricamente informada. En palabras del autor, su propósito principal ha sido “contribuir a pensar la educación como un problema social y a problematizar sus instituciones como sujetos históricos” (p. 13). Por un lado, para desvelar la cara menos amable de la escuela del capitalismo, que en los hechos se ha desdicho reiteradamente de sus promesas. Las del Bachillerato de antaño eran la felicidad y el progreso generales gracias a la acción salvífica y civilizadora de aquellos supuestos templos de la razón ilustrada, aunque, a la postre, al consagrar la distinción “produjeron la diferencia y, en consecuencia, contribuyeron a multiplicar la división” (p. 14). Las de la escuela actual son la inclusión y la redención en aras de la igualdad, aunque las investigaciones empíricas de las últimas décadas han seguido demostrando por doquier que las desiguales trayectorias de los alumnos no remiten solo a sus características individuales sino también a su condición social. La progresiva democratización del acceso a la institución diluyó la distinción, pero no el mantenimiento de la división (p. 19). Por otro lado, para cuestionar la ilusión de neutralidad que se presupone inherente al profesorado como funcionario público. En cualquier caso, lo que deseo subrayar es que esta orientación crítica se sostiene en una sólida fundamentación teórica y una apabullante labor de archivo.

El autor, destacado miembro de la Federación Icaria² y, en su seno, del Proyecto Nebraska,³ aplica las herramientas conceptuales compartidas en dicho programa colectivo de indagaciones para dotar a la suya de una densidad interpretativa digna de elogio. Quizá las dos categorías heurísticas axiales sean aquí las de “modos de educación” y “campo profesional”. Si se me consiente la paráfrasis, la primera intentaría conjugar el retrato de la morfología general adoptada por los sistemas nacionales de enseñanza en sus relaciones con la economía, la política y la cultura en un determinado momento histórico, con una propuesta de periodización para explicar su evolución hasta el presente. Al respecto identifica dos grandes fases modélicas o modos de educación, el “tradicional elitista” decimonónico y el “tecnocrático de masas”, intermediados por una transición larga y compleja de crisis de lo antiguo e imposición discontinuamente lenta de lo nuevo. Un parto harto peliagudo que discurriría en España, grosso modo, entre 1900 y 1959. Como se ve, otra forma de conceptualizar los sistemas educativos duales o bipolares del siglo XIX y parte (variable según países) del XX, y los comparativamente más integrados que los fueron sucediendo en un arduo, prolongado y conflictivo proceso. Aunque cabría introducir

² La Federación Icaria (Fedicaria) es una asociación autogestionada de docentes de todas las etapas educativas cuyo común denominador son las teorías críticas de la educación y de la cultura. Su órgano de difusión es la revista *Con-Ciencia Social*. Véase <http://www.fedicaria.org>.

³ Cfr. Raimundo Cuesta y otros, “Presentación del Proyecto Nebraska”, en José María Rozada (coord.), *Las reformas escolares de la democracia* (Oviedo: KRK Ediciones, 2003), 185-195.

ciertos matices, la periodización manejada por Juan Mainer tiene la virtud de solventar algunas de las limitaciones de las que adolece la historiografía educativa hispana⁴ con su acostumbrada propensión a acotar lapsos temporales coincidentes con determinados episodios de la historia política, una decisión que –al decir de Tyack y Cuban–⁵ torna más difícil captar las inseguras interacciones entre las reformas y el peculiar ritmo del cambio institucional. Sobre este trasfondo es más sencillo entender los lindes cronológicos de la incursión en el pasado del Instituto de Huesca: se trataba de historiar su devenir a lo largo del modo de educación tradicional elitista, desde su fundación hasta la aparición de los primeros síntomas ostensibles de crisis.

En ese recorrido se concede una destacadísima atención a sus catedráticos, con el ánimo de realizar una contribución al análisis de este “campo profesional”. La recién nombrada categoría heurística mira los cuerpos docentes como un territorio de saberes y poderes en tensión, que se va alterando como consecuencia de las mutaciones experimentadas por los modos de educación. Equipado con este utillaje, el autor emprendió una ímproba recopilación de fuentes en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, en la Biblioteca Nacional de España, en el Archivo Universitario de Zaragoza, en el Archivo Histórico Provincial y la Fototeca de la Diputación de Huesca o en el archivo del propio Instituto, además de en otros fondos documentales. La abrumadora información acopiada se ha traducido en este libro en forma de biografías o “perfiles bioprofesionales” de treinta y siete catedráticos que allí ejercieron en algún momento entre 1845 y 1931. Como adelantaba más arriba, esas biografías individuales se han dispuesto en tres capítulos que suman trescientas páginas cumplidas. El criterio de ordenación es tanto generacional como evolutivo-colegial. Obviamente, el concepto de “modo de educación” no es estático. Expresa una realidad dinámica que también afecta a sus celebrantes. Así, la primera generación, los catedráticos de la época isabelina, fueron quienes sentaron los cimientos de una tradición corporativa. Tradición que se consolida con la segunda generación, la que ejerció su magisterio en la Restauración. La tercera generación, la de los catedráticos de la crisis del régimen y del regeneracionismo, a pesar de sufrir las primeras grietas en su canon socioprofesional, se reafirmó globalmente como su garante, de forma que la tensión entre tradición y modernización se resolvió con una gran continuidad de fondo.

Tras la lúcida disección de las tendencias estructurales en el capítulo inicial, puede sorprender el enorme protagonismo otorgado en el libro a estas bibliografías personales. Pero no hay motivo para el asombro, salvo que se incurra en el error de concebir la estructura y la agencia como un dualismo, como dos fenómenos irreductibles dados de manera independiente. Por el contrario, la agencia y la estructura se presuponen entre sí. Las condiciones colectivas se configuran como el medio de la acción humana, y ésta a su vez como el medio de tales condiciones, desde el momento en que no se reproducen (ni se modifican) solas sino a través de las actividades rutinarias (o no) de los sujetos. De igual forma que los individuos no interactúan a partir de un supuesto estado de naturaleza no

⁴ Véase una discusión detallada en Raimundo Cuesta, Juan Mainer y Julio Mateos, *Transiciones, cambios y modos de educación: los problemas de periodización desde una perspectiva genealógica* (Salamanca: Lulú, 2009).

⁵ Cfr. David Tyack y Larry Cuban, *En busca de la utopía. Un siglo de reformas de las escuelas públicas* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2001), 9.

contaminado por lo social, toda vez que se constituyen como actores en los propios escenarios sociales –estructurados y estructurantes– en los cuales se desenvuelvan día a día, las propiedades estructurales solo perduran mientras ciertos tipos de conductas comunitarias se sigan recreando con reiteración dentro de un particular horizonte espacio-temporal. Desde ese punto de vista, resulta lógico poner el foco en los catedráticos de Bachillerato. Tema distinto es la solución formal elegida. Juan Mainer ha optado por entradas discretas que semejan las de un diccionario biográfico. Semejante decantación es comprensible a la vista del ingente volumen de datos que depararon sus pesquisas, y a la vista de su propia familiaridad con el formato.⁶ Por lo demás, los perfiles son iluminadores y les adorna una primorosa factura. No obstante, aunque se afirma expresamente que “las biografías no tienen sentido por sí mismas ni tampoco como mera suma yuxtapuesta”, al ser hilos “de una trama y de un devenir colectivos” (p. 103); y aunque los perfiles profesionales de cada una de las tres generaciones de catedráticos vengán precedidos de un marco interpretativo dentro del cual situar las trayectorias singulares, esta solución delega parcialmente en la lectora o lector la apreciación de la dialéctica agencia-estructura comentada hace un instante.

El último de los vectores constitutivos de este trabajo que he querido resaltar se proclama sin ambages en la siguiente cita tomada del prólogo: el libro “nació con la vocación de ser, por encima de todo, una historia del presente, una explicación sociogenética de los problemas de la institución escolar en la actualidad” (p. 19). Como es notorio, cuando el autor y el reseñista hablan de “historia del presente” no se refieren a la historia de la contemporaneidad inmediata. Están pensando en el acceso histórico a nuestro aquí y ahora, en el esclarecimiento de las realidades sociales vivas a través de la elucidación de los procesos de estructuración que las han configurado. La investigación crítica, para merecer ese epíteto, debería ayudarnos a desnaturalizar “las verdades de sentido común” que los enseñantes y demás agentes implicados asumimos tácitamente acerca de la escuela y de su currículum, mediante alguna suerte de distanciamiento capaz de desvelar su naturaleza históricamente construida. Si aplicamos el *dictum* a la empresa historiográfica, eso significa ocuparse no solo de la historia que *pasa* sino también de la historia que *pesa* en nuestras instituciones, en nuestras actuaciones y en nuestra conciencia. Esa voluntad anida en estas páginas y esa es otra poderosa razón para recomendar encarecidamente su consulta. Se ha aludido ya a las dinámicas excluyentes que, bajo diferentes modalidades, operaron ayer y continúan haciéndolo hoy por detrás del embeleco de la ideología meritocrática. Pero hay más. Juan Mainer nos regala pistas preciosas para vislumbrar cómo se inventaron muchos ritos y mitos que se fueron sedimentando en la cultura docente de Secundaria, hasta el punto de que todavía en el siglo XXI hay quien los sigue viendo como rasgos palmarios de la “esencia” epistemológica de las disciplinas académicas asignaturizadas y de su “normalidad” instructiva. Sin ir más lejos, la enseñanza *ex cátedra*, una cátedra de Historia y Geografía, de Matemáticas, de Latín y Castellano o de Física y Química, ganada por oposición “en propiedad”, con la consiguiente investidura de autoridad patrimonial sobre el conocimiento impartido, aún reverbera –atemperada, por supuesto– en la coriácea noción de currículum como una “iniciación” de los discentes en una u otra “disciplina”, en la que el profesor actúa de oficiante y el estudiante de novicio

⁶ Véase Juan Mainer, *Inventores de sueños. Diccionario bioprofesional de pedagogos y didactas de geografía e historia hacia 1936* (Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2008).

que ha de recibir unos misterios revelados de antemano, intrínsecamente preciados. La centralidad del libro de texto y del examen es otro ejemplo de dispositivos naturalizados que han superado la prueba del tiempo, y que persisten en su papel de catalizadores de esa curiosa alquimia que instila un genio particular a los saberes destinados a las aulas, en el trance de separarlos de sus fuentes originales e insertarlos en el seno de una institución con un ordenamiento y un funcionamiento determinados.

Con este repaso veloz a los tres vectores enumerados, espero haber sido capaz de probar que abundan los motivos de peso para sumergirse en esta publicación. Por si hiciesen falta otros, la cuidada y bella escritura, las magníficas tablas de datos insertadas en el texto o los útiles anexos proporcionan ese plus adicional. Se entenderá que el abajo firmante haya recibido con enorme satisfacción el anuncio de un segundo libro que retomará la historia del Instituto oscense a partir de 1931.

Jesús Romero Morante
Universidad de Cantabria (España)
romeroj@unican.es

Fecha de recepción: 13 de marzo de 2022.

Fecha de aceptación: 20 de marzo de 2022.

Publicación: 31 de diciembre de 2022.

Para citar este artículo: Jesús Romero Morante, “Una historia ‘glocal’ del bachillerato tradicional elitista y de sus catedráticos. Reseña de Juan Mainer Baqué, *Consagrar la distinción, producir la diferencia. Una historia del Instituto de Huesca a través de sus catedráticos (1845-1931)*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2020, 445 págs.”, *Historiografías*, 24 (julio-diciembre, 2022), pp. 164-169.